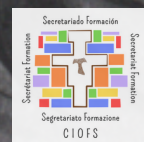


EL LIDERAZGO DE SERVICIO
EN LOS ESCRITOS DE
SAN FRANCISCO Y SANTA CLARA
DE ASIS



Secretariado para la Formación CIOFS



PRESENTACIÓN

Queridos hermanos y hermanas
de la Orden franciscana seglar y la Juventud franciscana,
Paz y bien.

Siguiendo con la prioridad asumida durante el Capítulo General de la Orden Franciscana Seglar 2021, se presentó el tema "Liderazgo de Servicio" y se asumió como una de las prioridades para continuar nuestra formación en esta dimensión del servicio.

Esta prioridad estableció: "Liderazgo de servicio. El enfoque adicional en el liderazgo de servicio, el intercambio de herramientas del Instrumentum Laboris y la charla de Fray Michael Perry sobre el tema principal, proporcionaron excelentes herramientas para el uso de las fraternidades locales (módulos, plantillas, formato/esquema de formación, lenguaje sencillo)...".

La Presidencia del CIOFS aprobó la animación de esta prioridad aceptando la propuesta de que el tema del Secretariado de Formación para el año 2024 sería "Liderazgo de servicio en los escritos de San Francisco y Santa Clara de Asís".

Consideramos importante profundizar en este tema desde nuestras fuentes franciscanas, descubriendo juntos el camino de vida de nuestros hermanos Francisco y Clara de Asís.

San Francisco y Santa Clara nos han dejado un legado de gran valor para nuestro mundo, 800 años después seguimos intentando visibilizar este legado. Esperamos que este material responda a la prioridad dada y que sea útil para la formación de nuestros hermanos y hermanas.

Fraternalmente,

Secretariado de la Formación - CIOFS

Silvia Noemi Diana OFS

Eremenciana ChinyamaOFS

Fr. Stefan Acatrinei, OFMConv.

Alonso Acevedo, OFS

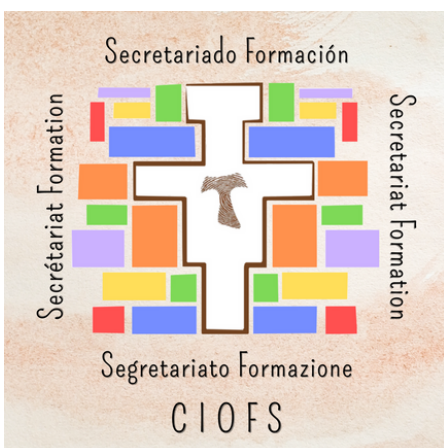
Diane Frances Menditto, OFS

Lucia Hidveghyova, OFS

Mayara Ingrid Sousa Lima, OFS

Dibujos del documento: Luis Alejandro Maldonado OFS

Traducción: Diane Menditto OFS



Julio 2024

EL LIDERAZGO DE SERVICIO EN LOS ESCRITOS DE SAN FRANCISCO Y SANTA CLARA DE ASÍS

INTRODUCCIÓN

El poder de la imagen, su papel en los medios de comunicación, así como su capacidad para influir en el hombre es bien conocido por todos. Dios mismo, al revelarse a Moisés, se valió de una imagen: la zarza ardiente (cf. Ex 3, 2-4). Los profetas, para transmitir el mensaje de Dios, asociaron a menudo la palabra con la imagen (cf. Is 61, 10-11; Ez 16:15-34; Jeremías 24:4-7; Joel 1:5. etc.). Jesucristo, al anunciar la venida del Reino de Dios, recurrió muy a menudo a diversas imágenes (cf. Mt 13, 1-52; Mc 4,26-29; etc.). Los cristianos, desde el principio, se sirvieron de imágenes, en forma de símbolos, para expresar su fe, su identidad; además, al involucrar el arte, crearon una herramienta fructífera de evangelización (en particular la Biblia Pauperum – escenas de la Biblia pintadas en las iglesias), capaz de hablar a todas las categorías de personas: niños, jóvenes y viejos, cultos e iletrados. Esas imágenes pintadas han sido capaces de impresionar y dar forma a "imágenes vivas" que siguen brillando hoy en día y siguen tocando la vida de la gente. Entre ellos, encontramos con orgullo a San Francisco y Santa Clara, que estaban ansiosos por compartir sus propias experiencias.

FRANCISCO, UN LÍDER DE LOS JÓVENES EN SU DESPREOCUPACIÓN

Quien lee la vida de San Francisco de Asís no puede sustraerse a una fuerte imagen: la de un líder. Tomás de Celano destaca, ya en las primeras páginas, la capacidad de Francisco no sólo de atraer a su alrededor a la juventud de Asís, sino también de dirigirla. Y si los jóvenes "le eligieron rey", contra su propia voluntad, no cabe duda de que había demostrado su capacidad para ser "guía en su despreocupación". Realmente disponía, más allá de sus posibilidades económicas, de unas dotes naturales extraordinarias (cf. 2Cel 7; TC 7). Aunque por nacimiento no pertenecía a la nobleza, la clase dirigente de la época, inventó su propia nobleza.

Es impresionante constatar que eran precisamente ellos, los jóvenes, los que le querían en ese pedestal; una posición muy atractiva en sus círculos (al igual que en los nuestros), y siempre codiciada por muchos. De Francisco se sabe que "buscaba sobresalir por encima de los demás en todas partes y con una ambición sin límites" (1Cel I 2). Después de anhelarlo (cf. LM I 3) lo asumió con insaciable alegría durante bastante tiempo. ¿Quién no se sentiría a gusto en semejante condición? ¿Quién desearía abandonar una posición que ofrece tanta satisfacción? ¿Quién desearía abandonar tal ambiente y pasar del centro a la periferia? Ciertas satisfacciones, como la de gozar de la atención de los demás, estar siempre rodeado y entre aplausos, aunque bien merecidas, son efímeras, conducen a la crisis y acaban en fracaso si no tienen una base sólida. Francisco, después de seguir sus deseos, planes y sueños iniciales, no se libró de la decepción y la pérdida del sentido de la vida.

LA "DULZURA" DE LAS "AMARGURAS"

Nadie querría nunca experimentar el fracaso, pero, en ciertos momentos, parece ser lo único que ayuda a descubrir "la dulzura de las cosas amargas" (cf. Test 3; 1Cel 9). La soledad y el silencio, que ahora se habían convertido en compañeros de Francisco, después de que su papel de líder ya no le daba ninguna satisfacción (cf. 1Cel 17; 2Cel 9; LM I 5), le guiaron y prepararon para emprender otro tipo de liderazgo.

**"la dulzura de las cosas amargas"
(cf. Test 3; 1Cel 9).**

Francisco ya había recorrido un largo camino, pues había renunciado a la gloria del mundo y a la admiración de sus amigos. Un día, mientras cabalgaba cerca de Asís, se encontró con un leproso. Los leprosos repugnaban a Francisco y normalmente habría evitado a cualquiera que se hubiera encontrado, pero en esta ocasión, se bajó del caballo, se acercó al leproso y lo abrazó. Tomás de Celano, el primer biógrafo de Francisco, registra lo siguiente: "el leproso le causó no poca repugnancia y horror; no obstante, para no faltar a la palabra dada como un transgresor de un mandamiento, se apeó del caballo y besó al leproso" (cf. 2Cel 9). Fue un gesto sencillo, pero una acción que requirió un largo período de tiempo para que su verdadero significado madurara interiormente en Francisco.

Al escribir sobre este asunto, Tomás de Celano afirma que a partir de ese momento San Francisco "comenzó a considerarse cada vez menos a sí mismo, hasta que por la misericordia del Redentor llegó a la completa victoria sobre sí mismo" (1Cel 17). Hay una enorme inversión de actitud, al pasar del deseo de atraer siempre la atención de los demás a dirigir su atención a los leprosos, a quienes, anteriormente, no podía soportar (cf. 1Cel 17; 2Cel 9; TC 11): "se puso a servirlos, lavándoles los pies, vendándoles las úlceras y llagas, quitándoles el pus y la podredumbre y besándoles los pies..." (Otros testimonios franciscanos XV 2).

Veinte años más tarde, cuando Francisco dictaba su Testamento, recordó aquel importante momento: "Cuando estaba en pecado, ver a los leprosos me daba náuseas sin medida; pero entonces Dios mismo me condujo a su compañía, y me compadecí de ellos" (Test 1-2). Francisco había encontrado a Cristo en aquel hombre, uno de los más pobres de la sociedad de su tiempo. El hecho es que encontró al Redentor a través del leproso, en quien la pobreza unida al dolor y a la humildad orientaron toda su concepción sobre el seguimiento de Cristo.





En el leproso, Francisco vio al Cristo pobre que sufría como víctima por nuestros pecados. También marcó la dimensión espiritual de su futura fraternidad: servir.

Así, Francisco descubrió en su fracaso la presencia de Dios que, a través de su Hijo Jesús, se hace prójimo, vecino de todo ser humano por su encarnación, culminada en su pasión, muerte y resurrección. Esta nueva imagen de la presencia de Dios le hizo decidirse a adoptar un estilo de vida diferente, que hizo de él un nuevo líder.

EL LIDERAZGO REMODELADO

Para remodelar la concepción que Francisco tenía del liderazgo, el primer paso que Dios le pidió fue que se abandonara a sí mismo, para poder darle a conocer su voluntad: "Si quieres conocerme, despréndete de ti mismo" (2Cel 9).

Conocer y servir a Cristo significa abrazar y servir al leproso en el que Cristo se reveló a Francisco. Al darse cuenta de lo que Dios le pedía, asumió un modo diferente de liderazgo que, en consecuencia, trajo consigo la transformación de lo que para él era "amargo" y ofensivo en un estado de felicidad y dulzura.

Este tipo de liderazgo supera toda rivalidad y división y deja a uno en condiciones de ser libre para poseer la verdadera gloria de Dios. Esto constituía el impulso carismático de su nuevo ser, el don de Dios; era también la actitud fundamental que deseaba que estuviera presente en todos sus discípulos, tanto en los que han sido discípulos como en los que vendrán.

En los dos años que Francisco pasó en los alrededores de la iglesia de San Damián, que es el período entre la renuncia a su padre y el comienzo de su predicación, conoció a gente que lo insultaba. Pero esas mismas personas también sentían curiosidad por él y, poco a poco, se ganó su admiración. En el año 1212, Clara Favarone di Offreduccio, impresionada por la nueva imagen de Francisco, por la vida que había elegido, se le acercó y le prometió su propia obediencia al servicio de Dios. Francisco aceptó su fiel gesto con buena voluntad y prudencia, conduciéndola a las monjas benedictinas "para que permaneciese allí hasta que el Altísimo le proporcionase un lugar adecuado" (cf. LCI 8.). Luego, Francisco la trasladó a San Damián, una vez terminada la reconstrucción.

A su alrededor, en San Damián, se fue formando una nueva comunidad evangélica que pretendía seguir el liderazgo de Francisco, pero viviéndolo en femenino (cf. 1Cel 18). Santa Clara afirma en su Testamento, que Francisco velaba por el progreso espiritual de las pobres damas: "movido a piedad por nosotras, se obligaba, tanto personalmente como por medio de su religión, a tener siempre para con nosotras el mismo amoroso cuidado y especial solicitud que para con sus propios hermanos" (TestCl 29).

En el mismo Testamento, al mencionar algunas de sus propias experiencias después de tener que asumir el papel de líder, utiliza el lenguaje de Francisco: "Quiero que ellas (las hermanas) obedezcan a su madre... para que, viendo la caridad, humildad y unidad que tienen unas con otras, pueda llevar con más ligereza todas las cargas del oficio, para que lo que es doloroso y amargo, se convierta en dulzura, por su manera de vivir" (TestCl 67-70). Estas palabras de Santa Clara transmiten sus sentimientos personales. La responsabilidad de la autoridad era para ella una carga, aunque la desempeñaba con amor, humildad y espíritu de abandono. La responsabilidad de abadesa le hizo vivir los mismos sentimientos que marcaron el comienzo de la nueva vida de San Francisco al encontrar y abrazar al leproso (cf. LCl 12).

Es justo señalar que el comportamiento de Francisco no se limitó sólo a una admiración platónica de Cristo en una actitud compuesta de lágrimas y sollozos. Se convirtió en una realidad de acción gozosa a través de la elección de la categoría social en la que San Francisco quiso insertarse y también todos sus seguidores, hermanos y hermanas. Pensando en Jesús, a quien le gustaba estar con los pobres, los pecadores y otras categorías de personas consideradas malditas y sólo dignas del desprecio humano (cf. Jn 7, 49), Francisco exigió que los hermanos "deben alegrarse cuando viven entre personas consideradas de poco valor y despreciadas, entre los pobres, los impotentes, los enfermos, los leprosos y los mendigos de los caminos" (Rnb IX 2).

El abajamiento de Cristo les reveló que servir es el elemento esencial de la vida cristiana. La necesidad de hacerse menores era esencial para revivir todo en la actitud del Maestro: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos" (Mt 20, 28) (cf. Adm 4, 1). Cristo, a la vez siervo de Dios y del hombre, haciéndose pobre y humilde, es una realidad única, aunque se presente en dos aspectos. San Francisco y Santa Clara construyeron sus respectivas comunidades utilizando este hecho como piedra angular de su minoridad. Este fue el modelo sobre el que los hermanos y hermanas debían reproducir su propia vida personal.

San Francisco y Santa Clara vivieron en plenitud este aspecto de la vida de Cristo (el servicio humilde). Santa Clara presenta esta nueva forma de vida, elegida por ella, como el camino de la perfección en el servicio a Cristo (cf. RCI 13). La diferenciaba de una simple asociación de mujeres que vivían juntas y las convirtió en una comunidad "cristocéntrica" siguiendo un formato evangélico. Debían servir y ofrecerse continuamente a Dios. El Evangelio de Cristo es la esencia de esta forma de vida; una de las grandes preocupaciones de Santa Clara era asegurarse de que la forma de vida, que ella y sus hermanas vivían, nunca se saliera del camino del Señor (cf. TestCl 74-75). En virtud de esta verdad, Santa Clara escribió a Santa Inés de Praga: "Te juzgo colaboradora del mismo Dios y apoyo de los miembros más débiles de su inefable cuerpo" (3CtaCla 8).

**"El Hijo del hombre no ha venido a ser servido,
sino a servir ..." (Mt 20, 28) (cf. Adm 4, 1)**

Esta profunda actitud de humildad hizo posible que los "menores" y las "hermanas pobres" vivieran en medio del mundo con espíritu de sumisión y humilde servicio a todos (cf. SalV 17-18.); es la característica de aquel siervo que no tiene conciencia de hacer otra cosa, sino sólo cumplir con su propio deber (cf. Lc 17,10). La minoría quiere designar la actitud evangélica de no buscar el primer puesto ni considerarse superior a los demás. No buscarán el poder. Servirán a todos y estarán disponibles para realizar trabajos sin pedir remuneración. Mostrarán gratitud y respeto por todos. Tal actitud es signo de minoridad, y exige sumisión a todos, lavando los pies de todos. San Francisco empezó a servir a todos, no porque se infravalorara, sino porque comprendió que la actitud expresada en las Bienaventuranzas evangélicas es esencial para cualquier líder. Jesús había proclamado este requisito como fundamental para comprender el Reino de Dios: "no desear nunca estar por encima de los demás, sino, por el contrario, ser siervos y súbditos de toda criatura humana por amor de Dios" (CtaF2 47).

El modelo que San Francisco tenía en mente y sobre el que formó su fraternidad, era que fuera una comunidad en la que la fraternidad y el servicio estuvieran tan estrechamente unidos que no pudieran separarse sin que la fraternidad se destruyera: "Quiero que esta fraternidad se llame Orden de los Hermanos Menores" (1Cel 38). De hecho, recomienda que "todos, en general, se llamen hermanos menores" (Rnb VI 3).



La imagen de Cristo en la Última Cena, donde el líder lavó los pies de sus seguidores, tuvo un gran impacto en Francisco y le inspiró a elegir el nombre de "menor", es decir, de menor importancia. Este acto de Jesús fue de inmenso amor. Se arrodilló ante cada apóstol y completó con amor el trabajo que normalmente habría realizado un esclavo y no un líder. Esto hizo que San Francisco tomara este testimonio como forma de vida para sí mismo y para sus frailes: "Pues si yo, el Maestro y Señor, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros" (Jn 13,14) (cf. Rnb VI 3); lavándose los pies unos a otros, cada uno puede llegar a ser un "fraile menor" y una "hermana pobre" y, por supuesto, un verdadero líder. El secreto de una vida así, vivida en fraternidad y servicio, es el cumplimiento del mandamiento nuevo del amor, conforme a la fórmula que San Francisco solía repetir tan a menudo: "Trata siempre a los demás como quieres que te traten a ti" (Mt 7,12) (Rnb IV; Rb VI 9). Según San Francisco, serán efectivamente frailes menores si saben servir a los demás; y permanecerán fieles a su vocación en la medida en que sepan servirse y obedecerse mutuamente: "Ningún hermano haga ni diga nada malo a otro; antes, por la caridad del Espíritu, sírvanse y obedézcanse mutuamente" (Rnb V 13).

Para San Francisco, ser fraile menor significaba ser siervo de todos (cf. CtaO 3). Hay que ser el último, es decir, un "hombre despreciable y débil" (CtaO 3), un "siervo pequeño y despreciado" (CtaA 1), "súbdito" (2CtaF 1), "el menor de los siervos" (CtaO 1), que "en su humildad, prefiere obedecer a aquellos súbditos que ser su ministro y siervo" (CtaCus III 4). La consecuencia fue que San Francisco quiso que los hermanos vivieran en el mundo sin privilegios.

De esta inspiración divina nació el carisma franciscano, que tuvo en Santa Clara, una discípula valiente y celosa; "una mujer, obediente a la palabra y a la enseñanza de San Francisco, que se ofreció a Cristo, la tarea de su vida. Concentró todo su ser a la gloria y al amor de Aquel a quien quería servir y de quien se consideraba indigna servidora".[1] Se expresó con la terminología de San Francisco, nombrándose a sí misma: "sierva indigna de Jesucristo y sierva inútil" (CtaCla1 2; cf. CtaCla2 2), "sierva muy sola e indigna de Cristo y sierva de las Damas Pobres" (CtaCla3 2; cf. CtaCla4 2; RCI I 3; TestCI 79). Santa Clara se muestra a través de estas descripciones como la sierva tanto del Señor como de sus hermanas.

[1] G. Iammarrone, *La cristología Francescana. Impulsi per il presente*, Messaggero, Padova 1997, 98.

LA AUTORIDAD COMO SERVICIO

Francisco, tocado por el ejemplo de Cristo, ha remodelado la autoridad definiéndola como servicio en el vínculo de la caridad. Esto es evidente por la constante yuxtaposición del término "servicio" con lo que de alguna manera indica una responsabilidad de autoridad. Más bien quiere abolir, incluso en las palabras, todo lo que pueda referirse a la soberbia, por lo que para los superiores utiliza el término ministros y siervos (cf. Rnb 4:1; 5:13). También quiso determinar las competencias legales, si se tiene en cuenta que estipuló que "ninguno sea llamado prior, sino que todos sean llamados simplemente hermanos menores. Y que unos laven los pies a otros" (Rnb6:3). De este modo se supera la oposición entre libertad y ley, no simplemente por una interiorización de la norma, sino por su anulación en el vínculo de la caridad: "El que es mayor sea como el menor y siervo" (CtaF2 8:42-43).

Por lo tanto, amonestó severamente: "Ay de aquel religioso que es puesto en alto por los demás y por su propia voluntad no quiere descender. Y bienaventurado aquel siervo que no se pone en alto por su propia voluntad y desea siempre ponerse bajo los pies de los demás" (Adm 19,3-4). Este ha sido el peligro para los superiores, sobre todo, porque podrían caer en la tentación de "considerar el ministerio de los hermanos como de su propiedad" (Rnb 17,4); "Los que están colocados por encima de otros, que se jacten de esa posición tanto como lo harían si se les asignara el deber de lavar los pies a sus hermanos. Y si se disgustan más porque se les quite el puesto sobre otros que por perder el puesto a sus pies, tanto más acumulan una bolsa de dinero con peligro de su alma".(Adm 4,1-3).

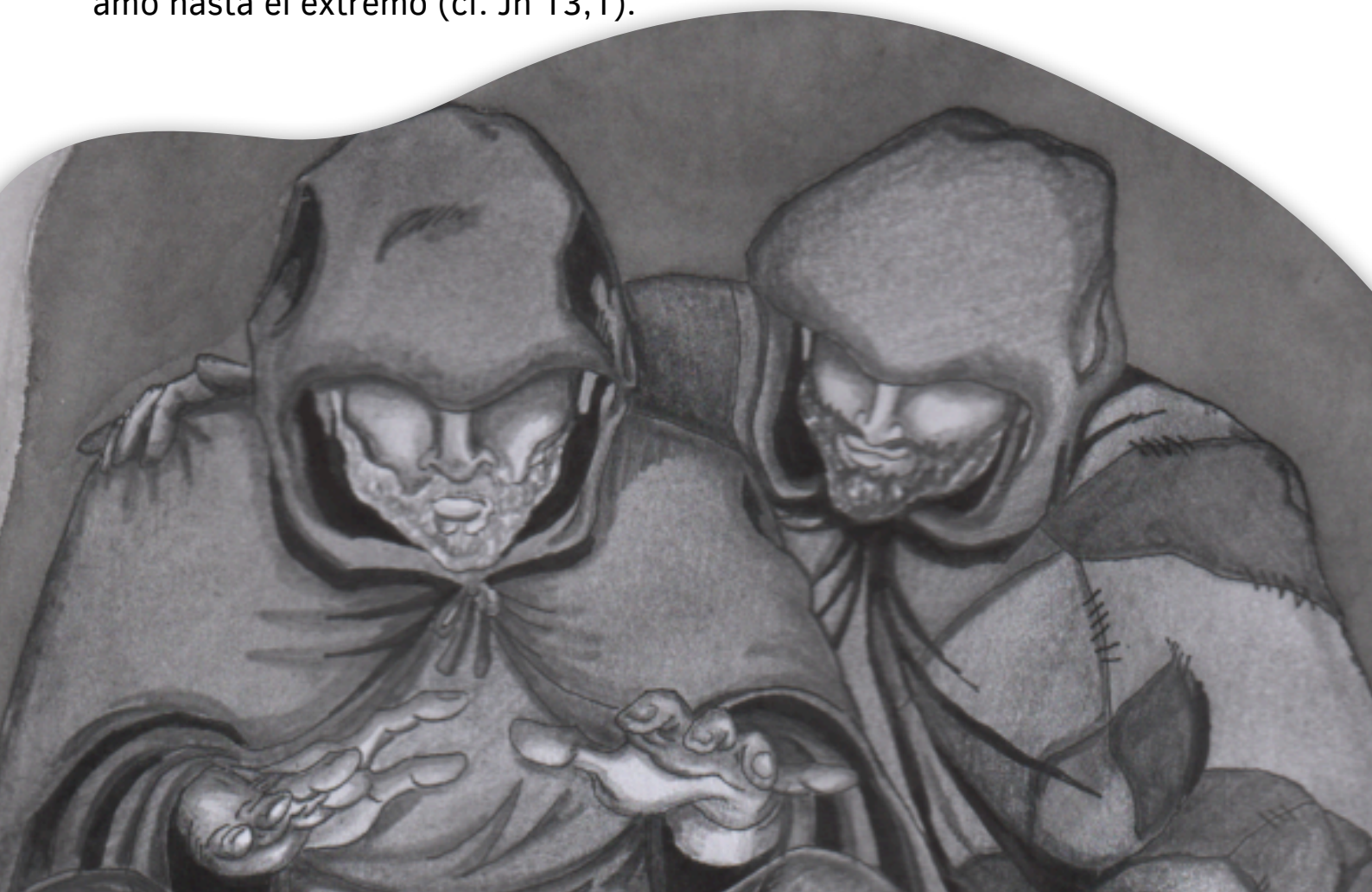
El superior es "un padre y no un tirano" (2Cel 177) y debe tener requisitos diametralmente opuestos al orgullo y la gloria mundanos: "Debe ser alguien que no cree un sordo favoritismo hacia los demás, sino que se ocupará tanto de los hermanos menores y sencillos como de los doctos y mayores... No debe disfrutar de los honores, ni deleitarse en la aprobación más que en los insultos ... debe ser alguien que nunca permita que el deseo de preservar el honor debilite la fuerte figura de la justicia, y debe sentir que un cargo tan grande es más una carga que un honor" (2Cel 185-186). El superior no debe ejercer su servicio por demasiado tiempo para no correr el riesgo de reclamarlo como herencia. Por último, Francisco recomienda a todos los superiores regulares "no cambiar las costumbres sino para bien, no para mendigar ni para obtener favores, no para ejercer el poder sino para cumplir un deber" (2Cel 188).

Redescubre el sentido genuino de la autoridad como servicio fraterno porque uno es Padre de todos y "todos sois hermanos" (Mt 23,8) en espíritu de justicia y de paz. Exige esta disposición a los ministros y a sus hermanos, y Clara hace lo mismo con las abadesas, Francisco la inculca también a los gobernantes de los pueblos como servicio evangélico del poder.

En la Regla de Clara, la autoridad es ante todo un ejemplo de afabilidad, hospitalidad, servicio para mantener a todos en la comunión de amor con Cristo y estimular la obediencia libre, urgida por el amor más que por la autoridad. Santa Clara mostró un amor especial en el servicio a sus hermanas, y sus biógrafos mencionan esta actitud: "Tres años después de su conversión, declinando el nombre y el oficio de abadesa, deseaba, en su humildad, ser colocada bajo las demás en lugar de por encima de ellas y, entre las siervas de Cristo, para poder servir más gustosamente, en lugar de ser servida" (LCI 12). Para santa Clara, ser sierva de Cristo significaba servir como Cristo había servido. Asumió esa actitud concreta que muestra fácilmente su deseo de volver a vivir los sentimientos de Cristo siervo, que se humilló lavando los pies a sus apóstoles. La Hermana Benvenuta de Perugia afirma: "Santa Clara era tan humilde que lavaba los pies a sus hermanas" (Proceso II 3).

EUCARISTIA Y SERVICIO

Una ayuda fructífera y un verdadero apoyo en su nuevo papel de líder fue la sagrada Eucaristía. Francisco quedó asombrado por este misterio en el que la presencia de Cristo se perpetúa a través de los siglos. Se dio cuenta de que Jesús se siente atraído por el sufrimiento de los hombres y, asumiendo el sufrimiento, busca y se compadece del hombre pecador como el Señor que los amó hasta el extremo (cf. Jn 13,1).



Contemplando la Eucaristía, Francisco desea ser siervo (cf. Test 41), en realidad pequeño, (CtaO 2); es decir, hacer el bien sometiéndose a todos, ofrecer un servicio sin hacerse notar, como el trocito de pan en el que se escondió el Señor Jesús. Puesto que veía en Cristo no sólo al Señor glorioso, sino también al Siervo que, por amor a los hombres, se puso bajo sus pies, y que sigue entregándose en la Eucaristía, la actitud de Francisco era de compasión y amor: "¡Oh maravillosa altivez y estupenda dignidad! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad! El Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla de tal manera que, por nuestra salvación, se esconde bajo un pedazo de pan ordinario!". (CtaO 27).

Francisco ve también la Eucaristía como otra encarnación y, por tanto, como otra humillación. Así como en Belén se manifestó en la fragilidad del ser humano, en la Eucaristía se entrega en las humildes especies del pan y del vino, con la misma finalidad de mediar, revelar y compartir la bondad del Padre (cf. Adm 1, 10-12). Francisco expresa este movimiento de Cristo, que aparece como humildad y anonadamiento del Hijo, diciendo: "He aquí que cada día Él se humilla como cuando vino del trono real al seno de la Virgen; cada día Él mismo viene a nosotros, apareciendo humildemente; cada día desciende del seno del Padre sobre el altar en manos de un sacerdote... Y así está siempre el Señor con sus fieles" (Adm 1,16-22).

Francisco ve en la Eucaristía a ese Jesús que un día descendió al seno de la Virgen para mostrarnos la misericordia del Padre; ahora, en cierto sentido, repite cada día el mismo movimiento, realizado a través de las manos del sacerdote. De este modo, Cristo permanece humildemente presente entre sus fieles hasta el fin del mundo, y Francisco no puede permanecer en silencio ante este inmenso amor. Tiene claramente ante sus ojos la celebración diaria de la Eucaristía, que es tan importante para su alma como el pan de cada día para su cuerpo: "Danos hoy: en memoria, comprensión y reverencia de aquel amor que [nuestro Señor Jesucristo] nos tuvo y de aquellas cosas que dijo e hizo y padeció por nosotros. nuestro Pan de cada día: Tu Hijo muy amado, nuestro Señor Jesucristo" (ExpPN 6).

Francisco ve también la Eucaristía como otra encarnación y, por tanto, como otra humillación...

Por eso, el pan cotidiano que Francisco pide al Padre es su Hijo amado dado en la Eucaristía. Lo pide para recordar, comprender y venerar el amor que nos tuvo; de este modo Francisco alimenta su propia alma.

Clara siente que ha recibido como don de Dios la existencia y la vida, la fe, la justificación (cf. Proceso III 20; XI 3; XIV 7) y el alimento continuo a través de sus sacramentos, particularmente de la Eucaristía (cf. Proceso II 11; III 7; IX 10). Pero si los Escritos de Francisco son ricos en expresiones relativas a la Eucaristía, desgraciadamente no podemos decir lo mismo de los Escritos de Clara; ella parece obstinarse en no darnos ninguna información sobre este gran misterio del amor de Dios a los hombres. Por tanto, la intensidad de la devoción de Clara a la Eucaristía no puede conocerse sino a través de sus acciones (cf. LCI 28).

Las Damas pobres, en el proceso de canonización de Clara, dan testimonio de la devoción con que la Santa se acercaba a la Eucaristía. La hermana Benvenuta de Perugia afirma que "doña Clara se confesaba con frecuencia y, con gran devoción y temor, recibía con frecuencia el santo sacramento del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, temblando toda ella al hacerlo" (Proceso II 11); y la hermana Philippa añade que "derramaba muchas lágrimas cuando recibía el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo" (Proceso III 7). La misma actitud hacia la Eucaristía la atestigua también sor Francesca da Messere, que afirma cómo "la santa Madre la recibió con mucha devoción y lágrimas, como siempre acostumbraba" (Proceso IX 10).



Clara era consciente de la trascendencia de Dios que se hacía presente en la Eucaristía; por ello, se preocupó de que incluso las cosas materiales pertenecientes a la Eucaristía fueran dignas y para ello confeccionó corporales y paños, que luego hizo distribuir por las iglesias de Asís (cf. Proceso I 11; II 12; VI 14; LCI 28). Sus hermanas se preocuparon también de revelar la fuerza y la seguridad que Clara encontraba en la Eucaristía, ante la cual elevó la oración de intercesión que liberó al monasterio y a la ciudad de Asís del asedio de las tropas de Federico II (cf. Proceso III 18-19; IV 14; VII 6; IX 3; X 9; XII 8; XIII 9; XIV 3; XVIII 6; LCI 21-23).

La presencia de Cristo en la Eucaristía es la misma que antaño entre los apóstoles: "y como se manifestó a los santos apóstoles en la carne verdadera, así también ahora se manifiesta a nosotros en el pan consagrado" (Adm 1,19). En presencia de este misterio, debemos comportarnos como los apóstoles ante el Cristo-hombre (cf. Adm 1, 20-21) y ver con la luz del Espíritu Santo al Hijo de Dios presente, vivo y verdadero entre nosotros, ya que la Eucaristía (cf. Adm 1, 22) es el medio por el cual el Señor puede estar con los suyos para siempre: "en este mundo, nada veo corporalmente del altísimo Hijo de Dios, sino su santísimo Cuerpo y Sangre" (Test 10).

Si los apóstoles, viendo a Jesús de Nazaret con la ayuda del Espíritu, creyeron que es el Hijo de Dios, también nosotros, ante las especies consagradas, con la ayuda del mismo Espíritu, estamos llamados a creer que son su verdadero cuerpo y sangre. El amor misericordioso del Padre se revela en el Hijo que nació y se ofreció como víctima en el altar de la cruz, no por sí mismo, sino por nuestros pecados. Este sacrificio representa para Francisco un signo del amor del Padre. A través de la sagrada comunión participa en la obra y en los frutos de la pasión que se conmemoran en la celebración eucarística.



CONCLUSIÓN

Los títulos de autoridad, de liderazgo, usados en la familia franciscana son: ministros, custodios, guardianes, vicarios; todos son nombres evangélicos que expresan el espíritu de servicio fraterno y de vigilancia de unos respecto a otros. En la Regla de Clara, la autoridad es ante todo un ejemplo de afabilidad, aceptabilidad y servicio para mantener a todos en la comunión de amor con Cristo y estimular la obediencia libre, urgida por el amor más que por la autoridad. Santa Clara mostró un amor especial al servir a sus hermanas, y tanto sus escritos como sus biógrafos mencionan esta actitud. Para Santa Clara, ser sierva de Cristo significaba servir como Cristo había servido. Asumió esa actitud concreta que muestra fácilmente su deseo de volver a vivir los sentimientos de Cristo siervo, que se humilló lavando los pies a sus apóstoles. La Hermana Benvenuta de Perugia afirma: "Santa Clara era tan humilde que lavaba los pies a sus hermanas" (Proceso II 3).

La imagen de Cristo, que por amor se hizo siervo humilde arrodillándose para lavar los pies a quienes iban a traicionarle y decidió permanecer con ellos en la Eucaristía, tocó profundamente a Francisco y lo transformó en un nuevo líder; uno que no ha dejado de amar y guiar a quienes estaban dispuestos a disfrutar de la vida en plenitud (cf. Jn 10, 10). El amor puede adoptar diversas formas en la vida de una persona, y de hecho lo hace durante toda la vida. A la gente siempre le gustaría reconocerlo bajo la imagen del amor romántico, el comportamiento tierno y la actitud compasiva, pero la mayoría de las veces el amor necesita expresarse a través del servicio. Los seguidores de San Francisco han elegido voluntariamente estar disponibles y reflejar esa imagen del amor que se expresa como servicio.

PREGUNTAS SUGERIDAS PARA DEBATIR CON UN HERMANO/A O EN FRATERNIDAD:

- ¿De qué manera el ejemplo de liderazgo de servicio que nos muestran Francisco y Clara nos sirve tanto en nuestra vida personal como en nuestra vida de fraternidad?
- ¿Cuáles son las características del liderazgo de servicio de Francisco y Clara que refuerzan mi servicio en la OFS y en la JUFRA?